

LAS FIGURAS DEL SIRVIENTE EN LA PRODUCCIÓN LITERARIA
CHILENA, 1870-1920¹

*THE REPRESENTATION OF DOMESTIC SERVANTS IN CHILEAN
LITERATURE, 1870-1920*

Solène Bergot

Departamento de Humanidades, Universidad Andrés Bello
solene.bergot@unab.cl

RESUMEN

El siguiente artículo analiza las figuras del servicio doméstico en la producción literaria chilena entre 1870 y 1920, en un contexto de consolidación y luego crisis del modelo de vida y de valores del grupo gobernante, a la par con el fenómeno de la cuestión social, que viene a tensionar las relaciones entre empleados y empleadores. A partir del análisis de novelas, obras de teatro y textos autobiográficos, propone que el campo literario participa de una disputa por el orden moral, ya que estas figuras se dividen entre una representación ideal, ligada a los valores que quería difundir la elite al resto de la sociedad, y una representación “desviante”, siendo en este caso un elemento de crítica ya que muestra los límites morales y contradicciones de esta misma elite.

PALABRAS CLAVE: Servicio doméstico, producción literaria, Chile.

¹ Este artículo se ha realizado en el marco del proyecto Fondecyt de Iniciación N.º11160268, titulado “Puertas adentro. Las modalidades del control social y de los regímenes emocionales como factores de la “crisis de la domesticidad” (Chile, 1870-1920)”, del cual la autora es investigadora responsable. Una primera versión de este trabajo fue presentada en las “I Jornadas de Historia Cultural”, UNAB, Santiago, 1 y 2 de agosto de 2018. Agradezco los comentarios recibidos en esta instancia, así como la lectura y sugerencias de mi colega, Dra. Stefanie Massmann.

ABSTRACT

This article analyzes the representation of domestic servants in Chilean literature between 1870 and 1920, in the context of the consolidation and subsequent crisis in the way of life and values of the ruling elite, as well as the phenomenon of the Social Question, which strained relations between employees and employers. Through the examination of novels, plays and autobiographical works, it is argued that the literature of the period had a place in the debate about the moral order, as the representation of domestic servants reflected either an ideal representation, linked to the values that the elite wanted to instill in society, or a “deviant” one. In this sense, literature represents a critique that reveals the moral limits and contradictions within the elite.

KEY WORDS: *Domestic service, literary production, Chile.*

Recibido: 1 de febrero de 2019.

Aceptado: 23 de abril de 2019.

A diferencia de otros sectores populares más visibilizados en el proceso de industrialización y modernización del último tercio del siglo XIX y principios del siglo XX, el servicio doméstico no se benefició de la atención de la clase política, quedando apartado de los avances en términos de legislación laboral y social. Relegado al sacrosanto espacio doméstico, al amparo de sus empleadores, su condición y sus demandas trascendieron poco en el espacio público, debido en gran parte a la resistencia de sus empleadores a dar a conocer su propia realidad y a su poca capacidad a organizarse, por ejemplo en sindicatos.

La producción literaria del periodo viene en parte a matizar esta invisibilización, ya que introduce figuras de sirvientes, aunque se trata en general de personajes secundarios, que tienen poca injerencia en la trama de la historia, ficticia o vivida, aunque son testigos de la vida de la familia que sirven. A su vez, se centra antes que todo en mujeres, figuras que van desde la madre sustituta (nodriza, niñera) hasta la mujer caída, víctima o responsable de los “desordenes” sexuales del hombre de elite, con una delgada frontera con la prostitución. Se da así cuenta de la preponderancia femenina en el oficio a nivel demográfico, pero también de su fragilidad sexual y de sus relaciones conflictivas con el ideal doméstico de la mujer, en tanto madre y dueña de casa, operante en el periodo.

Entenderemos la “producción literaria” del periodo como el conjunto de novelas y obras de teatro producidas entre los años 1870 y 1920, además de las memorias y novelas autobiográficas que se refieren a estos años, independiente de su fecha de publicación. En el primer grupo, nos referiremos a novelas de Alberto Blest Gana, Luis Orrego Luco, Augusto d’Halmar, Víctor Domingo Silva y Joaquín Edwards Bello,

además de una obra de teatro de José Peroni². En el segundo grupo, nos referiremos a textos autobiográficos escritos por miembros de la elite santiaguina, a los cuales sumaremos dos novelas autobiográficas de Gustavo Balmaceda Valdés y Virginia Cox Balmaceda que se refieren al periodo 1870-1920³. Lo interesante de estas obras es que, a excepción de José Peroni, parten de miembros de la elite, por lo que forman un conjunto homogéneo, si no en sus características literarias, por lo menos en los códigos de representación del sirviente que les fueron enseñados.

Cabe entonces preguntarse por la forma en que operan estas figuras del servicio doméstico en la producción literaria chilena entre 1870 y 1920. Por una parte, planteamos que, en la mayoría de los textos literarios, el empleado doméstico funciona como representación de los valores que quería difundir la elite al resto de la sociedad, aunque también podía ser un elemento de crítica a la misma, mostrando sus límites morales y contradicciones, incluso pudiendo transformarse en un elemento escandaloso. De esta forma, el “sirviente ideal”, preponderante en las memorias, venía a dar cuenta de la construcción y del auge de los valores proyectados por la elite, mientras que el “desviante”, más usual en las novelas, evidenciaba las críticas hacia este modelo, en particular en el marco de la “cuestión social” y de la crisis de los valores de esta elite, muy patente a partir de 1910.

Por otra parte, la figura del empleado doméstico cristaliza las contradicciones entre un modelo de familia y de relaciones laborales tradicionales, heredados de la Colonia en tanto sociedad pre-industrial y pre-moderna, y los empujes de la modernidad finisecular, que vienen a transformar las aspiraciones de los sectores populares, en tanto actor económico, social y político.

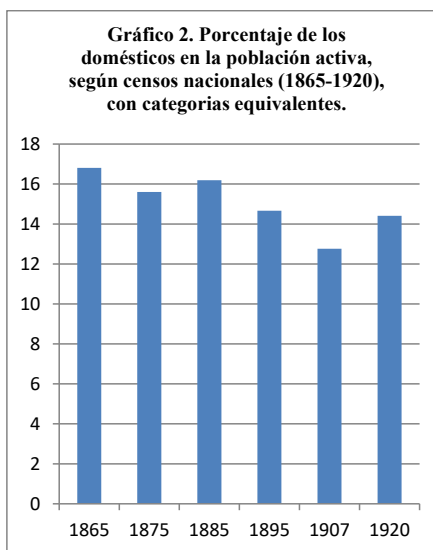
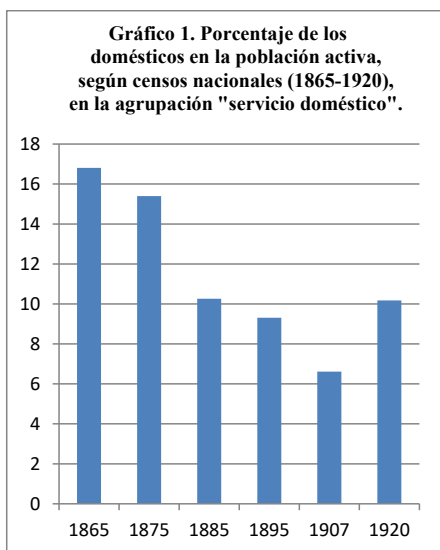
LA SITUACIÓN DEL SERVICIO DOMÉSTICO EN EL MERCADO LABORAL Y EN EL MARCO REGULATORIO CHILENO

Entre 1870 y 1920, el personal doméstico era parte importante del mercado laboral. Tal como lo indican los seis censos de población entre 1865 y 1920, su peso

² *Martín Rivas* y *Los trasplantados* de Blest Gana; *Casa grande* y *En familia* de Orrego Luco; *Juana Lucero* de d'Halmar; *Golondrina de invierno* de Silva; *El roto* de Edwards Bello; *De sirviente a gran dama* de Peroni. Sumaremos *El caballero y su sirvienta*, un texto inédito de d'Halmar conservado en la Biblioteca Nacional.

³ Los textos autobiográficos son los siguientes: *Un mundo que se fue* de Eduardo Balmaceda; *Recuerdos de la vida* de Martina Barros; *Algo de lo que he visto* de Crescente Errázuriz; *Mi vida, pedazos de recuerdos* de Inés Larráin; *Recuerdos de la vida* de Ismael Pereira; *Reminiscencias* de Julio Subercaseaux; *Memorias* de Blanca Subercaseaux; *Mi vida* de Álvaro Yáñez; *Visiones de infancia* de Flora Yáñez. A su vez, las novelas autobiográficas son *Desde lo alto* de Gustavo Balmaceda y *Los muñecos no sangran* de Virginia Cox.

osciló entre 12,7% (1907) y 16,8% (1865) de la población activa a nivel nacional. Cabe señalar, siguiendo las reflexiones planteadas por Elizabeth Hutchison (2000), Andrés Estefane (2004) y José Ignacio Pérez (2010), la necesidad de relativizar las cifras que emanan de los censos de este periodo, ya que se trataba de instrumentos en construcción que mostraron fluctuaciones sobre la definición de lo que era el trabajo, en particular el trabajo femenino, siendo atravesados por consideraciones culturales y políticas que trascendían el mero ámbito estadístico. Un ejemplo de este fenómeno es el hecho de que las categorías socio-profesionales fueron variando de un censo a otro, al igual que las agrupaciones de estas categorías. En lo relativo al servicio doméstico, la agrupación “servicio doméstico” incluía cinco ocupaciones u oficios en el censo de 1865, y solo tres en el censo de 1920. Para los efectos del gráfico 1, que muestra el peso del servicio doméstico en la población activa, se usaron las agrupaciones proporcionadas por los mismos censos, mientras que el gráfico 2 muestra el peso del servicio doméstico en la población considerando las mismas cinco categorías iniciales (“sirviente”, “cocinero”, “lavadero”, “cochero”, “nodriza”).



Tal como se puede apreciar en una rápida comparación de los gráficos, los cambios en la definición de la agrupación tendieron a disminuir el peso del servicio doméstico en la población activa, ayudando a su invisibilización, mientras que un conteo a través de categorías equivalentes muestra un relativo equilibrio de su peso en la población activa.

El servicio doméstico parece haber sido una actividad transversal a la población, en el sentido de que incluso los estratos bajos y medios empleaban domésticos,

en general una “sirvienta de mano” que acumulaba todas las funciones domésticas, a saber, cocina, limpieza, lavado, planchado y servicio de mesa (Bergot). Adquiría sin embargo una particular significación para las familias de elite, ya que su estilo de vida y la proyección de estatus reposaban en gran parte sobre él. De esta forma, empleaban un servicio numeroso (hasta 12 a 15 personas) y diversificado (con funciones especializadas y jerarquizadas). De esta forma, no era una ocupación homogénea en término de funciones y sueldos, tampoco en cuanto a su distribución a nivel nacional y al peso de cada género. El servicio doméstico era antes que todo una ocupación urbana (siendo cubierto por el inquilinaje en el espacio rural) y femenino, ya que las mujeres llegaron a representar casi el 80% de sus integrantes en los censos de 1895 y 1907. Estas características se plasmarán en la producción literaria de la época, centrándose en general en personajes femeninos, al servicio de una familia de elite o acomodada, en un ámbito urbano.

A pesar de esta importancia numérica, la legislación chilena relativa a los integrantes del servicio doméstico fue sumamente discriminatoria, excluyéndolos de la población que podía votar y apartándolos de los avances sobre la legislación laboral y social. Así, la Constitución de 1833 los excluía de la ciudadanía activa, por su condición de “dependiente”⁴, situación que no fue revertida antes de la Constitución de 1925. A su vez, la legislación social y laboral que se empezó a elaborar con la entrada al siglo XX, los apartó casi sistemáticamente de los avances conseguidos por y para la población obrera. De esta forma, no tuvieron derecho al descanso dominical (Leyes n.º 1990 de 1907 y n.º 3321 de 1917), al seguro para accidentes del trabajo (Leyes n.º 3170 de 1916 y n.º 4055 de 1924) o al contrato de trabajo (ley n.º 4053 de 1924). Recién el título VII del Código del Trabajo de 1931 viene a regular sus relaciones contractuales, definiendo el trabajo doméstico y estableciendo los requisitos del contrato y de su término, así como de la remuneración y de los feriados legales. Por ende, en el periodo 1870-1920, el doméstico estaba siendo tratado como un ciudadano y como un trabajador de segunda categoría, lo que se debía a su inserción en el espacio doméstico y familiar, que lo alejaba de los intentos de regulación y lo subordinaba a su empleador. Permanecía así en una estructura paternalista de relaciones entre empleadores y empleados, de la que la producción literaria también se hace eco, polarizando los personajes reales o ficticios entre los que se inscribían en este sistema de relaciones tradicionales y los que se marginalizaban de él, y generando relatos positivos o negativos según la posición del personaje en el espectro.

⁴ Por dependiente, se entendía la relación de dependencia económica de unas personas con otras. De esta forma, se infería que el dependiente era susceptible de votar de la misma forma que su empleador, en el caso del servicio doméstico, o del patrón, en el caso, por ejemplo, de los inquilinos.

EL SIRVIENTE IDEAL, REPRESENTACIÓN DE LOS VALORES PROYECTADOS POR LA ELITE

El primer polo narrativo muestra a los domésticos como figuras ideales, desde una perspectiva moral, que suscitan muestras de afecto y de agradecimiento. Es la figura que aparece en su gran mayoría en las memorias de los miembros de la elite que se refieren al periodo 1870-1920. Por ejemplo, Eduardo Balmaceda Valdés (1895-1969) escribe sobre una de las empleadas de sus padres:

La llavera de la casa —empleo ya en desuso— la mamita Martina, como la llamábamos hasta el día de su muerte en nuestro hogar y después de haber vivido en el casi 40 años era, junto con mi madre, nuestra diaria compañera. Ha desaparecido ya este tipo admirable de antigua empleada, parte integrante de la familia en razón de sus muchos años de convivencia, de su infinita abnegación, de su ternura para los niños que iban naciendo, que miraban como propios, de su recia contextura moral, de su afán por llenarnos de mimos. ¡Cuánto al leer estas páginas estarán recordando a alguna mamita Martina! (Balmaceda 20)

Se trata de un relato típico, que se puede apreciar numerosas veces en las memorias de distintos miembros de la elite. Presenta un tono nostálgico, que muestra el pasado como una época ideal e idealizada, en especial porque ensalza un modo de vivir que, al momento de la redacción de estas memorias, ha entrado en crisis o está ya en franca decadencia. Por ende, aparece como una suerte de Edén perdido, con las fortunas, los viajes a Europa, las institutrices francesas, los bailes y los paseos, sin mencionar el poder político y simbólico que ponía a algunas familias chilenas en la cúspide de su sociedad.

El relato de Eduardo Balmaceda presenta también otros elementos en común con las otras producciones literarias. En primer lugar, destaca la falta de datos personales sobre estos personajes. No tienen apellido, fecha de nacimiento, familia anterior... Parecen adquirir una existencia cuando pasan a formar parte de la familia que los emplea. En este sentido, no tienen una identidad autónoma e incluso la vida personal parece mal vista. De hecho, son pocos los ejemplos de parejas de domésticos, y el matrimonio significa en general el término del vínculo, en particular para las mujeres, para las cuales el servicio doméstico corresponde a menudo a una actividad de “life-cycle service”, según la división planteada por los trabajos de los historiadores demógrafos Peter Laslett y John Hajnal entre “life-cycle service” (servicio premarital, que corresponde a un ciclo de vida) y “lifetime service” (servicio de por vida). En este sentido, lo privilegiado por la elite a nivel discursivo corresponde a un servicio de por vida, asociado al celibato.

Existen sin embargo algunos ejemplos de parejas de domésticos, que permanecen al servicio de sus empleadores después de su matrimonio, pero son excepcionales e

involucran en general a domésticos extranjeros. Es el caso de Raphael Mazzini, cocinero italiano al servicio de Francisco Subercaseaux Vicuña (1845-1921), quien fue contratado hacia septiembre de 1885, al poco tiempo de haberse casado con Alphonsine Sarrazin. Ambos estuvieron al servicio de los Subercaseaux (él como cocinero, ella como ama de llaves) por lo menos hasta 1906, cuando murió Raphael de pulmonía (Julio Subercaseaux 131 y 304). También es el caso de Jean Durand, empleado francés de Ramón Subercaseaux Vicuña (1854-1937), quien se casó en Chile con Corina, empleada chilena de la madre de Ramón, Magdalena Vicuña Aguirre (1817-1913). No solo se casaron, sino que fueron “padres y abuelos de una bonita familia muy honorable” (Blanca Subercaseaux 40). Lo atípico de este caso, es el hecho de que la hija de Ramón Subercaseaux, Blanca, dé cuenta de un interés por la historia personal de empleados domésticos más allá de cortado el lazo laboral. A su vez, resulta interesante el hecho de que los domésticos mejor identificados sean los extranjeros, lo que da cuenta de su importancia particular para su empleador. En este caso, contar con un personal europeo daba cuenta del nivel económico de la familia, ya que era en general contratado durante las estadias en el Viejo Continente con condiciones laborales mejores que las de sus contrapartes chilenas, pero también de su adscripción en un mundo cosmopolita, en un intento de emular a las elites europeas. En este contexto, que en muchos aspectos podemos considerar de “transferencia cultural”, se puede incluso plantear el rol “pedagógico” de este personal extranjero a la hora de difundir y enseñar los modos de vivir y modales de las elites europeas, contrarrestando así la imagen de “nuevo rico”, excesivo y de mal gusto, que imperaba a la hora de representar a los sudamericanos, sin importar su nacionalidad.

En segundo lugar, la referencia a los domésticos se acompaña de un léxico repetitivo, que destaca ciertas cualidades, las que agrupamos en la siguiente tabla.

admirable	Gratitud
abnegación / abnegado (a)	Sacrificio
ternura	Servicial
antiguo (a)	honorable
irremplazable	honradez / honrado (a)
cariño	indispensable
fiel / fidelidad / leal	confianza

Todas estas cualidades se refieren a lo esperado por la familia empleadora, y son en general de índole moral y emocional. Lo que primaba en la relación, asimétrica en todos aspectos, era la lealtad de por vida, la que creaba lazos emocionales y de reciprocidad. Por ejemplo, podía significar un reconocimiento en un testamento o la garantía de ser cuidado por la familia en la vejez y en la muerte. De esta forma, Inés

Larraín de Nogués (†1978) señalaba que una de sus cocineras, Verónica, “duró 28 años en casa y tiene su nicho perpetuo en el cementerio” (53-54). A su vez, Martina Barros de Orrego (1850-1944) escribía que los sirvientes “a veces nacían en la casa del abuelo y morían en la del nieto” (42), indicando la permanencia del lazo a través de las generaciones. Así, se llega a una imagen un tanto idílica de lo que era la familia cristiana, en consonancia con la definición propuesta por el Arzobispo de Santiago Crescente Errázuriz Valdivieso (1839-1931), en sus memorias: “Entendíase entonces por familia lo que la religión denomina con este nombre; no solo los hijos, sino también los sirvientes. Los amos eran respetados y amados de sus sirvientes y a su turno los amaban y atendían solícitos. Lo ordinario era ver a los sirvientes pasar años y años en su casa y morir en ella, después de haber formado parte de un mismo y querido hogar” (21). Esta definición subraya la concordancia entre la familia como agrupación humana, con o sin lazos de sangre, y su espacio de vida, la “domus”, palabra latina de la que deriva el adjetivo “doméstico”. Establece también unas obligaciones afectivas (el amor recíproco) y el deber del empleador de “atender” a sus domésticos en la enfermedad, la vejez e incluso en la muerte. Como lo señala Inés Larraín, era costumbre dejar un espacio en los mausoleos para los domésticos que habían permanecido en una misma familia hasta su muerte, en general en el último subterráneo. La cuidad de los muertos preservaba así la división jerárquica establecida en la vida entre los miembros de la “familia”. Incluso, este lazo podía traspasar a los hijos de los domésticos. Así lo cuenta Ismael Pereira Lyon (1911-2007), señalando el caso de María Arevelo, quien había sido la cuidadora de su hermana Luz, y de su hija, también llamada Luz. Esta última, “bastante calamitosa, forma parte de la “clientela” de Anita [Ana María Irarrázaval, esposa de Ismael], que con una paciencia sin límites se traslada muy seguido a Pudahuel, donde vive su protegida, a arreglarle tremendos problemas de hijos y nietos” (87). De esta forma, el lazo perdura, pero en una forma atenuada y aun más asimétrica, pasando de ser un lazo de “familia” a un lazo de “clientela”.

A su vez, la permanencia en una sola familia otorgaba al doméstico ciertos derechos en el trato cotidiano que mantenía con sus empleadores. Muy interesante es, en este sentido, el personaje de Francisca, la empleada de los hermanos José Antonio y Anita, en la novela *Golondrina de invierno* de Víctor Domingo Silva (1912). Madre sustituta para ambos cuando falleció su madre, gobierna el manejo de la casa del fundo “Los Rosales”, siendo tanto cocinera como llavera. Sus largos años de convivencia con ellos le otorgan una “autorización de vieja sirvienta” para reprenderlos y permitirse una cierta injerencia en su vida privada. De esta forma, los puede llamar “calaverones”, pero sin nunca tutearlos, ni llamarlos por su nombre, sino “patroncito”, “patroncita” o “señorita”. A su vez, puede preguntar por sus asuntos sentimentales, sin ser considerada impertinente. Sin embargo, esta “familiaridad”, como la define Silva, no le permite equipararse con la familia misma, sino que le da un estatus intermedio, más cercano al de los animales domésticos, con los cuales el autor compara a Francisca cuando

escribe que “como esos perros demasiado adhesivos, se obstinaba en permanecer lo más cerca posible del patroncito” (87). Por ende, el doméstico, por más años de servicio que tenga, nunca es un par, y nunca es un miembro de pleno derecho de la familia. Al igual que en el plano normativo, es un miembro de segunda categoría, definido por su condición servil. Esta ambivalencia parece ser cristalizada por el término mismo de “familiaridad”, que puede entenderse tanto como una confianza o naturalidad en el trato, como una confianza excesiva o inapropiada.

Incluso parece mantenerse una continuidad con la esclavitud en la fidelidad, aunque ya no forzada, y en el traspaso del “servicio” de una generación a otra. Luis Orrego Luco, en su novela *Casa grande* (1908), establece esta filiación a propósito del personaje de la vieja sirvienta, la “Tato”, quien era “nieta de esclavos servidores de la familia de padres a hijos” (210). En este sentido, el doméstico es “heredable”, idea que es reforzada por el artículo 1994 del Código Civil de 1855, el que estipulaba que “falleciendo el amo se entenderá subsistir el contrato con los herederos, i no podrán éstos hacerlo cesar sino como hubiera podido el difunto”. De esta forma, si bien se establecía una obligación de los herederos para con los empleados domésticos de sus padres, también se mantenía una sujeción de los empleados, hasta en el uso del término de “amo” para referirse al empleador.

Sin embargo, y con muy pocas excepciones, las cualidades registradas se refieren a aspectos positivos y que van del doméstico al empleador. En este sentido, la elite proyecta en sus domésticos los valores que esperan de ellos, porque son los que ellos mismos quieren proyectar, sin preguntarse por el “costo” de esta “servidumbre voluntaria”. Si predominan “fidelidad”, “honorable”, “confianza”, “abnegación”, además de calificativos afectivos (“cariño”, “ternura”), son más escasas las referencias a los sacrificios que implicaba la pertenencia al servicio doméstico, tanto en término laboral como afectivo. De esta forma, la producción literaria tiende a subrayar la sustitución de la familia propia por la familia ajena (acordémonos de Eduardo Balmaceda Valdés), pero ninguno se pregunta por el abandono de la familia propia, real o anhelada, o el significado de criar niños ajenos, amarlos y tener que dejarlos.

EL SIRVIENTE COMO ESPEJO CRÍTICO DE LA ELITE

En cantidad menor, vemos emerger figuras de empleados domésticos que se apartan del ideal analizado en las líneas anteriores: algunos son invisibles; otros representan la antítesis de los valores que quiere proyectar la elite, pero son también la prueba de su doble estándar; los últimos escapan a cualquier intento de polarización, siendo más complejos a nivel moral y psicológico y adquiriendo rasgos que los apartan de los modelos. Aparecen en su mayoría en novelas y se caracterizan por su materialidad, es decir, por la referencia a aspectos corporales.

En un primer nivel de distancia en relación con la representación ideal, vemos aparecer el doméstico invisible, al que no solo se quita el apellido, sino también todo rasgo de individualización. En este sentido, *Los trasplantados* de Alberto Blest Gana (1904) hace suyo el lema que un buen doméstico es un doméstico invisible. Los personajes son llamados genéricamente “servidumbre”, “criados” o “sirvientes”, o bien por su función (mozo, mayordomo, lacayo, cochero, camarera, cocinera,...), salvo en dos ocasiones en que un doméstico es llamado por su nombre (ña Rufina, sirvienta, y Aglae, camarera de Mercedes Canalejas). Ni siquiera la institutriz, personaje a medio camino entre los domésticos y los empleadores, adquiere protagonismo, siendo llamada “Mademoiselle”. Nunca cumplen un rol en el argumento del relato, aunque pueden ser en algunas oportunidades “aliados” de los personajes principales, en el sentido de que los ayudan a realizar ciertas acciones. Incluso pueden perder su género, volverse seres asexuados, como lo subraya Luis Orrego Luco en *Casa grande* (1908), cuando Javier Aguirre le dice a Graciela Sandoval que “los dependientes de tienda, a los ojos de ustedes, son simples maniqués, unos *muebles* a los cuales se regatea el precio de las mercaderías, y no cuentan, no son *hombres*, como no lo son los sirvientes, ni el mayordomo, ni los llaveros del fundo ni el medio pelo” (45). De esta forma, el sirviente hombre no es hombre, sino un ser asexuado, que no es digno de ser considerado como un igual, ni menos como una potencial alianza sentimental o sexual.

Si el sirviente es un cuerpo negado, la sirvienta es un cuerpo deseado y potencialmente escandaloso por su carga sexual, es decir, por su capacidad para seducir y ser seducida por los hombres de la casa. El caso más emblemático en la literatura es el de Juana Lucero, de Augusto d’Halmar (1902), hija ilegítima de Alfredo Ortiz, diputado al inicio de la novela, y de Catalina Lucero, quien había sido empleada como costurera en la familia Ortiz. Luego de la muerte de su madre, Juana es usada por su tía para el servicio doméstico y luego entregada a otra familia, siendo violada por el padre y compartida con el hijo. Después de fugarse con el novio de la hija de casa, queda embarazada, es obligada a abortar y termina su vida en un prostíbulo. De esta forma, se perfila el personaje de la sirvienta como “presa sexual”, objeto del deseo de los hombres y de los celos de las mujeres, en la fina frontera entre servicio doméstico y prostitución⁵. En este caso particular, como en el del personaje de Julia en *El roto* de Edwards Bello, que también termina prostituyéndose luego de perder su “honra” con alguien de la familia que servía, d’Halmar muestra la doble moral de la elite, afirmando que “tampoco era caso del otro mundo este del amo y la doméstica, pan cotidiano

⁵ Otras fuentes del periodo señalan esta relación directa entre servicio doméstico y prostitución. Por ejemplo, el médico Luis Prunés, en su estudio sobre la prostitución de 1926, menciona el servicio doméstico como una de las ocupaciones anteriores más mencionadas por las prostitutas (c.30%).

en toda casa de Santiago” (121). Este fenómeno es de hecho ratificado por Álvaro Yáñez Bianchi (1893-1964), hermano de Flora, conocido por su nombre literario “Juan Emar”, quien escribió en su diario, sin ningún tipo de pudor o de arrepentimiento, que se acostaba con las sirvientas de las familias que lo albergaban, mostrando la naturalización del fenómeno. Por ejemplo, cuando visitaba la familia Orrego en su chacra Lo Herrera, recuerda que “Cuando apagaron la luz me hice el que me venía y Osvaldo el que me acompañaba, en vez de seguir rumbo a mi casa nos pasamos a la pieza de la Carmela. Yo primero y él después y ¡Buenas noches!” (120). Así se subraya la fragilidad sexual de la doméstica, ya que se establece una relación asimétrica entre empleada y empleador, en la cual la pérdida de la honorabilidad es casi exclusivamente para la empleada, la que se puede quedar sin referencias o recomendaciones, y así no puede encontrar otro trabajo.

Al igual que para las prostitutas estudiadas por Ana Gálvez, con las cuales comparten muchas características, la comunidad de las sirvientas “es figurada como un mundo cruel e inhumano, donde el dinero, las apariencias y el engaño, son la base de un sistema social perverso y corrupto” (224), inscrito a su vez en un sistema económico capitalista, donde, al igual que otras mercancías, son desechables y fácilmente reemplazables, lo que constituye un elemento de tensión con el modelo tradicional que sugieren la mayoría de los textos. Como mujeres públicas, es decir, de mujeres que deben trabajar fuera del ámbito familiar, las sirvientas podían “generar la perdición moral de sujeto masculino burgués” (224). Sin embargo, también cumplían una función de “salvaguardia á los hombres útiles en la sociedad, que no buscarán así, otras entretenciones perjudiciales para su salud”, como lo subraya Misia Pepa en *Juana Lucero* (121). Ya que no tienen honor, bien pueden entregar su cuerpo y no preservar su virginidad para el matrimonio, como sí lo deben hacer las señoritas de buena familia para cumplir con el ideal femenino que se espera de ellas. Aquí se denuncia la doble moralidad de la familia Caracuel López, y por extensión de los sectores medios y altos de la sociedad, que promueven en los hombres tanto como castigan en las mujeres una cierta libertad sexual y que usan a sus sirvientas como sustituto a las prostitutas, como si fueran parte de un conjunto de medidas higiénicas.

La metáfora de la salud está presente en varios textos literarios del periodo, en particular desde el punto de vista de la enfermedad. De esta forma, de cuerpo negado o deseado según su género, los miembros del servicio doméstico llegan a ser un “cuerpo extranjero”, siendo vistos como una enfermedad o una fuente de perversión, que viene a contaminar a sus empleadores tanto física como moralmente. Así, la madre de Juana Lucero, al quedar embarazada, es despedida “por corrompida” (D’Halmar 11). Igualmente, Blest Gana señala los peligros de una educación enteramente en manos de la domesticidad, que puede “contagiar” a los más pequeños (171), es decir, enseñarle malos hábitos.

Cuando un embarazo surgía de estas relaciones ilegítimas, las domésticas enfrentaban momentos difíciles. Por una parte, podían intentar ocultarlo, tomando la decisión peligrosa e ilegal de abortar, como ocurre con Juana Lucero. Por otra parte, si el embarazo se sabía, arriesgaban ser despedidas, como en el caso de la madre de Juana Lucero, con el riesgo de no encontrar empleo si no contaban con recomendaciones. Por último, si tenían el niño, el padre podía reconocerlo o no. Si lo hacía, creaba una familia ilegítima, paralela a la legítima si estaba casado, lo que garantizaba al niño ciertos derechos. Si no lo hacía, era de exclusiva responsabilidad legal de su madre. En ambos casos, podía eventualmente ser criado en la familia de su padre, como le ocurre al personaje de Sancha Segunda en el texto inédito de Augusto d'Halmar, *El caballero y su sirvienta* (1949). Al nacer ella, fruto de la relación ilegítima entre el patrón del fundo y una inquilina, su madre es “alquilada, buena burra parida y lechera, para amamantar simultáneamente con su propia hija, el niño de los señores”, por lo que es hermana de leche de su hermano de sangre. Al morir el patrón, le revela el secreto a su heredero, quien vela luego sobre ellas, incluso en su testamento. De esta forma, asume una obligación hacia su familia ilegítima, en ausencia de una familia legítima, ya que permanece soltero. Solo en la obra de teatro de José Peroni, *De sirvienta a gran señora* (1895), el amor entre Anjel Marti y María, la sirvienta de su familia, empieza de forma ilícita, conduciendo a un embarazo, y se termina con un matrimonio, contra la voluntad de los padres de Anjel en un primer momento, y luego con su bendición cuando entienden que es la única forma de mantener una relación con su hijo único y su nieto. De esta forma, la pareja no obtiene la aceptación de los padres por caridad o por mérito propio, e incluso en una de las últimas escenas la madre sigue tratando a María de “miserable de sirvienta” (57), sino por el miedo a perder su hijo si desprecian a su mujer. De esta forma, al no pertenecer su autor a la elite, esta obra se perfila como una “fantasía social”, donde ocurre un ascenso que no tiene cabida en ningún otro texto.

Un lugar aparte ocupa el personaje de Labra, la nodriza de Isabel, el doble ficcional de Virginia Cox Balmaceda (1909-2002) en su novela autobiográfica *Los muñecos no sangran* (1969). Luego de dar luz a su hija, nacida de una relación extraconyugal, es llevada por el capataz del fundo a la casa de los patrones en Santiago, “para criar a la patroncita nueva, porque misia María está delicada de salud y se le secó la leche” (17). Allí se entera de la muerte de su hija, en la cual poco pensaba, ya habiendo reportado su amor sobre Isabel. Lo particularmente interesante del personaje de Labra es la relación que tiene con Isabel desde la corporalidad. Así, sustituye a la madre biológica en las funciones de amamanto y en la crianza, por lo que existe una intimidad física entre ambas, al punto que Virginia Cox escribe:

El olor de sus pechos surcados de venas, los pezones ásperos, el gusto de esa leche, que Labra continuó dándome a escondidas, cuando corría por toda la

casa, su fidelidad, me impregnaron tan profundamente que diluyeron casi por completo la presencia de mi madre (16).

La relación es, por lo tanto, en gran parte sensorial, pero también educacional, aunque desde unas temáticas que escapan a lo que se espera de una “señorita”. De esta forma, Isabel pregunta por aspectos del cuerpo sexuado, desde el conocimiento anatómico de sus hermanos, a los cuales Labra entrega respuestas parciales que bien podrían haber excedido lo que hubieran deseado sus padres.

A su vez, el personal doméstico, como cuerpo extranjero, es un Otro del cual se debe apartar y/o defender en el contacto cotidiano. En varias oportunidades, el sirviente es visto como un intruso, apartado de sus empleadores por una “separación jerárquica” (Blest Gana 109) que hace volar la idea de pertenencia a una misma comunidad familiar. En este sentido, sus espacios de vida son apartados (último patio o último piso, según la distribución de la casa) y sobre todo prohibidos. En la casa colonial de su abuela, a la cual se trasladan Isabel y su familia en *Los muñecos no sangran*, después de la muerte de su madre, el tercer patio es reservado a la servidumbre, al punto que los dueños de casa no entran en él. A diferencia de ellos, los niños se aventuran hasta el “dominio prohibido” (41), donde descubren un mundo sensual en el que “las criadas jóvenes reían, cimbreaban las caderas, caminaban con los pies desnudos, las trenzas a medio hacer, acicateadas en su sensualidad por las miradas hambrientas de los peones”, donde por ende “se esbozaban amoríos” y donde se hablaba de “preñeces, de estar gorda, de partos, de entrar en calor” y mil temas misteriosos y atrayentes” (85). De esta forma, los niños tienen acceso, aunque sea a hurtadillas, a gestos, vocabulario y situaciones que escapan a su educación tradicional de elite. En este sentido, prohibir la entrada al espacio de la servidumbre, así como limitar el contacto entre un estamento y otro, era una estrategia para prevenir lo que Raffaella Sarti llama una “contaminación cultural”, la que podía constituir una “amenaza a la preeminencia social de las elites y una fuente de contaminación” (575) en la medida en que el personal doméstico provenía en general de los sectores populares, con otras costumbres, modales e incluso creencias.

A su vez, la familia empleadora cuida de no hablar de temas sensibles delante de sus domésticos, de manera de evitar la divulgación de los chismes y proteger así la intimidad y honorabilidad de la familia. Por ejemplo, en *Los trasplantados*, al llegar una carta de la condesa de Montignan, don Graciano, el patriarca de la familia Canalejas, pide a su hijo Juan Antonio que la traduzca al español “para que los criados no entiendan” (162).

Esta función del servicio doméstico como “mediador de la intimidad”, en palabras de Pura Fernández (2014), es subrayada en varias ocasiones, tanto en memorias como en novelas. Real o proyectada por los empleadores, incluso promovida por ellos, es una función que puede resultarles útil o deseable, pero que también los

puede perjudicar, por lo que la ven como una hoja de doble filo. Resulta evidente este rol activo del servicio doméstico en la circulación de los aspectos privados de la elite en varias fuentes de la época, por ejemplo en los archivos judiciales, y así lo percibe Luis Orrego Luco en su novela *En familia* (1912), cuando se refiere a los “pequeños disgustos causados por los sirvientes que transmitían mutuamente chismes a sus patrones respectivos” (247). Este aspecto ya había sido subrayado por Alberto Blest Gana en *Martín Rivas* (1862), refiriéndose al rol de la criada en la difusión del embarazo ilegítimo de Adelaida Molina: de esta forma, se asume que porque “la criada de aquí sabe” (90), pronto el estado de Adelaida será de conocimiento público. Sin embargo, esta posición es de doble filo, ya que el servicio doméstico “puede adquirir un estatuto de confianza casi cercano al de un miembro de la unidad familiar”, pero también puede “perderlo de forma inmediata y sin posibilidad alguna de remisión” (Fernández 130), lo que se puede acompañar de la pérdida del empleo y, por ende, del sustento económico.

En otros casos, el personal doméstico es un cuerpo extranjero también por su nacionalidad, como lo era en particular la figura de la institutriz, que es en general francesa o inglesa. Se trata de un personaje altamente polarizado, que suscita amor u odio de parte de los niños que cría y educa, cristalizando las dificultades de ser educadora y en algunos casos, sustituto a una figura materna que es vista como lejana porque tiene poco contacto diario con sus hijos. Supervisa, pero no se encarga directamente de la crianza y educación. Si bien algunas de las institutrices dejan un buen recuerdo a sus “alumnos”, la mayoría de las que aparecen en la producción literaria corresponde a figuras patéticas, solitarias y mal amadas, e incluso algunas veces a figuras violentas y abusivas. Por ejemplo, resalta lo contado por Flora Yáñez Bianchi (1898-1982) sobre su institutriz inglesa, Miss Emily Hutchinson, a la cual se negó a dirigir la palabra, a tal punto que sus padres decidieron mandarla de vuelta a Europa al cabo de un año. En este caso, la institutriz no era un personaje terrible, sino patético, cuya situación Flora Yáñez describe de la siguiente forma: “cada día se fue sintiendo en la casa más desorientada, más sola, con esa tremenda soledad de destierro, a lo que se unía el aislamiento de no poder hablar y de no poder oír. Ella no sabía español y nadie en la familia hablaba inglés. Terrible forma de prisión” (15-17).

Otras de estas mujeres dejaron sin embargo impresiones mucho peores. Por ejemplo, Teresa Wilms Montt (1893-1921) se refiere a “la tutoría de institutrices cosmopolitas, a la vez pedagogas e histéricas, que hacen vivir sin orden, en el alambique de su pequeña cabeza rubia, el chorro de teorías absurdas por donde un torbellino vertiginoso forma el símbolo de una cruz coronada por la cicuta pagana; no son maestras de amor esas viejas, vírgenes caducas” (35). Incluso algunas son físicamente violentas con los niños, lo que genera su salida de la familia cuando se considera que han traspasado los límites de lo que era permitido en la época en términos de castigos corporales, aunque a veces su conducta no es conocida por los padres de inmediato.

De esta forma, tenemos el relato de Carmen Morla Lynch (1887-1983) sobre Fraülein Cristi Lode, institutriz contratada por sus padres en 1893, la que describe como “rabirosa, turnia de alma también, por nada pega” (95). Cuando deja la hermana mayor de Carmen encerrada en una pieza sin desayuno, es denunciada por las otras domésticas y despedida (95-96).

En algunos textos, la convivencia cotidiana tiene como consecuencia un proceso de mimetización del servicio doméstico en relación con sus empleadores. De esta forma, adoptan “la estudiada pretensión del sirviente de casa grande” (*Los trasplantados*, tomo 2, 4) o la “insolencia peculiar en sirvientes de casa grande” (*Casa grande* 113). En ambos casos, el estatus social de su empleador se “traspasa” a su servicio doméstico, lo que parece autorizarlo a tratar a los demás en función de lo que estiman es su posición social. Así, cuando Martín Rivas se presenta por primera vez a la casa de Dámaso Encina, el criado lo recibe con “aire protector”, luego reprime la “sonrisa burlona que se dibujaba sobre sus labios” y pregunta su nombre con “voz seca”, para terminar entrando en la casa para transmitir el recado “con paso lento” (8-9), todos indicios que dan cuenta del desdén que siente por el joven de “triste catadura” que se presenta, es decir que lo juzga por su apariencia. A su vez, Julia, prostituta en *El roto*, imita los modales de las niñas que sirvió cuando fue “criada de casa grande” a los quince años: de esta forma, “se rozó con jovencitas lindas y graciosas de la plutocracia y esto le dio cierto barniz que la distingue de sus compañeras, herméticamente cerradas a los encantos femeninos” (18). Como tal, adoptó ciertas formas de hablar, “como chiquilla regalona, con dengues y mimos”, teniendo “arranques de las chicas picaruelas y descaradas” (18). Interesante es constatar que, en todos los casos, el mimetismo entre empleadores y empleados se refiere a aspectos negativos de los empleadores (insolencia, pretensión, desdén, falta de naturalidad, atrevimiento), por lo que constituye una crítica a los primeros más que a los segundos: al igual que los niños, la servidumbre copia la actitud que le es mostrada como modelo de comportamiento.

Pero el sentimiento de superioridad no es exclusivo de los empleadores, sino que puede partir de los domésticos, en particular de los extranjeros. De esta forma, en *Los trasplantados*, aparece el personaje de un “mayordomo, grave y acompasado, antiguo sirviente de casas aristocráticas, que miraba a esa familia de advenedizos con la sorna de superioridad” (tomo 1, 34). Representa muy bien el desprecio que sentía la alta sociedad francesa (en particular la aristocracia) hacia las elites sudamericanas, las que se enfrentaban a un gran ostracismo de parte de las familias del Faubourg Saint-Germain, barrio donde vivía gran parte de las familias de nobleza del Antiguo Régimen. En este caso, el sentimiento es compartido entre el mayordomo y sus antiguos empleadores, los que a menudo consideraban a las familias americanas como unos “rastacueros”, es decir, nuevos ricos que trataban de imitar sus modos de vivir y modales.

En algunos casos extremos, el mimetismo entre empleado y empleador adquiere matices trágicos para el protagonista real o imaginario del relato. Si bien estas figuras

son más bien excepcionales, interesante es el personaje de la ama de llave malvada que retrata Gustavo Balmaceda Valdés (1883-1924), esposo desgraciado de Teresa Wilms Montt, en su novela autobiográfica *Desde lo alto* (1917). En ella, Balmaceda se refiere a “la aborrecida vieja Quiteria, ama de llaves muy antigua y muy querida en el suntuoso hogar de don Juan Antonio [el padre de su alter ego]” (33). Sigue su relato, refiriendo a su vuelta cotidiana de la escuela:

Apenas había el niño franqueado los umbrales, la vieja se dirigía a él con ademán enfurecido, y entre pellizcos y torniscones, lo llevaba a la presencia de doña Elvira, quien, con toda la sinceridad de un Juez del Crimen, se disponía a escuchar la acusación. La falta podía ser distinta cada día, pero el fallo era siempre uno mismo, y Quiteria se encargaba de cumplirlo, saliendo en silencio y satisfecha con el pobre chico de la mano hasta el cuarto del encierro. Allí pasaba Mariano la mayor parte de las horas consagradas del descanso y los juegos (33-34).

En este sentido, Quiteria no es el doble amoroso de la madre, la mamá que amamanta y cuida, sino el doble malvado de la malvada madrastra (doña Elvira), que es también la tía del niño, como lo descubrirá de más grande⁶. De esta forma, refleja la crisis de los valores morales de Elvira y su crueldad, nacida de sus celos por la hermana muerta que vino a reemplazar en el lecho de su cuñado y ahora esposo, hacia su hijastro y sobrino. Elvira y Quiteria aparecen como las representantes y verdugos de una Justicia ciega y parcial, de la cual el padre se hace el cómplice pasivo, por no saber o por no querer ver, dejando así al niño en una situación muy diferente a las de sus medio hermanos, que si recibían un trato amoroso de parte de su madre y ameno de parte de Quiteria. El odio de Elvira por Mariano, que puede deberse al hecho de que reemplazó físicamente pero no sentimentalmente a su hermana, se extendió luego a su esposa en la vida real, Teresa Wilms Montt, y a sus dos hijas, cuyos encuentros prohibían. En este caso, sus domésticos no la secundaron en su actitud, sino que facilitaron algunas reuniones entre madre e hijas, desobedeciendo sus órdenes y erigiéndose en críticos de las decisiones de su empleadora (González-Vergara 275-276).

⁶ La madre de Gustavo, Elisa Valdés Eastman, murió efectivamente poco después del nacimiento de su hijo. Su padre, José Ramón Balmaceda Fernández (1856-1926), hermano del presidente José Manuel Balmaceda, se volvió a casar con su cuñada Sara (1863-1933), con la cual tuvo siete hijos.

REFLEXIONES FINALES

Este artículo se ha centrado en las figuras del servicio doméstico de la producción literaria chilena entre 1870 y 1920. Si bien se trata en su mayoría de figuras secundarias, que no tienen un injerencia menor en el desarrollo del argumento principal, vienen a cristalizar dos posiciones frente a los valores de la elite: por una parte, se construye una representación ideal, ligada a los valores que quería difundir la elite al resto de la sociedad, mientras que por otra, se muestra una representación desviante, siendo en este caso un elemento de crítica ya que muestra los límites morales y contradicciones de esta misma elite. A su vez, vienen a dar cuenta de otros fenómenos claves del periodo, por ejemplo la permanencia de una relación paternalista más que una evolución hacia una dinámica contractual, a pesar de un contexto general de en primer lugar los cambios en las condiciones de vida laboral de las capas populares de la mano de la modernización y de la industrialización. En segundo lugar, desarrolla representaciones del sirviente como un cuerpo “negado”, y de la sirvienta como un cuerpo “negado” o “abdicado”, siendo objeto del deseo masculino y muy cercana a la prostitución. En este sentido, al igual que en la novela naturalista radical española, se establece en parte de la producción literaria chilena una “equivalencia entre el estado de sometimiento femenino y la esclavitud moderna, una vez derogada la esclavitud oficial” (Fernández 132). Este aspecto, que resultaría interesante alumbrar a partir de un cruce con fuentes legales y judiciales para el periodo 1870-1920, resuena en textos literarios de otros espacios temporales y geográficos, dando cuenta de tópicos que se vuelven casi universales: el sacrificio de la vida personal, el sometimiento del cuerpo, el desequilibrio de poder entre las partes, entre otros.

A su vez, algunos aspectos son notoriamente ausentes. Por ejemplo, no se menciona el componente indígena, en una suerte de “blanqueamiento” del servicio doméstico que no es exclusivo de este sector. Otro aspecto que no mencionan, o no enfatizan, los textos analizados aquí, es la relación de interdependencia que se crea entre sirviente y patrón, ya que la gestión de la casa reposa casi enteramente sobre la primera. En ella sí reparó Esther Huneeus Salas (Marcela Paz), algunas décadas después, en *Papelucho* (1947), refiriéndose a la empleada de la familia:

Mi mamá estaba hecha una furia con la Domitila por haber dejado la puerta abierta o por estar durmiendo, pero la cuestión es que en todo caso después no le dijo casi nada para que no se fuera.

BIBLIOGRAFÍA

- Balmaceda Valdés, Eduardo. *Un mundo que se fue*. Santiago: Andrés Bello, 1969.
- Balmaceda Valdés, Gustavo. *Desde lo alto*. Santiago: Ed. Universitaria, 1917.
- Barros de Orrego, Martina. *Recuerdos de mi vida*. Santiago: Orbe, 1942.
- Bergot, Solène. “Caracterización y mapeo del servicio doméstico en Santiago en Chile. Una radiografía en 1895 a través del diario “El Chileno”. *Historia* 396 7:1 (2017): 11-41.
- Blest Gana, Alberto. *Los trasplantados*. Paris: Garnier Hermanos, Libreros - editores, 1904.
- Blest Gana, Alberto. *Martín Rivas*. Santiago: Imprenta de *La Voz de Chile*, 1862.
- Cox Balmaceda, Virginia. *Los muñecos no sangran*. Santiago: Cuatro vientos, 1989 (ed. original: 1969).
- D’Halmar, Augusto. *El caballero y su sirvienta*. Manuscrito inédito, 1949.
- D’Halmar, Augusto. *Juana Lucero*. Santiago: Imprenta, Litografía y Encuadernación Turín, 1902.
- Edwards Bello, Joaquín. *El roto*. Santiago: Ed. Universitaria, 2002 (ed. Original: 1920).
- Errázuriz Valdivieso, Crescente. *Algo de lo que he visto*. Santiago: Ed. Nascimento, 1934.
- Estefane, Andrés. “Un alto en el camino para saber cuántos somos...” Los censos de población y la construcción de lealtades nacionales. Chile, siglo XIX”. *Historia* 37:1 (2004): 33-59.
- Fernández, Pura. “Mediadoras de la intimidad, negociadoras del escándalo: las domésticas en la novela naturalista de fin de siglo”. *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 20 (2014): 128-142.
- Gálvez Comandini, Ana. “El imaginario de la prostitución en Chile: literatura y figuras arquetípicas, 1902-1940”. *Cuadernos de historia cultural*. 2 (2013): 219-251.
- González-Vergara, Ruth. *Teresa Wilms Montt. Un canto de libertad*. Santiago: Ed. Debolsillo, 2009.
- Hutchison, Elizabeth. “La historia detrás de las cifras: la evolución del censo chileno y la representación del trabajo femenino, 1895-1930”. *Historia* 33 (2000): 417-434.
- Larraín de Nogués, Inés. *Mi vida, pedazos de recuerdos*. Santiago: Minga, 1985.
- Morla Lynch, Carmen y Ximena. *Las Morla. Diarios y dibujos de Carmen y Ximena Morla Lynch*. Santiago: Ediciones UC, 2016.
- Orrego Luco, Luis. *Casa grande*. Santiago: Empresa Zig-Zag, 1908.
- Orrego Luco, Luis. *En familia. Recuerdos del tiempo viejo (1886)*. Santiago: Empresa Zig-Zag, 1912.
- Pereira Lyon, Ismael. *Recuerdos de la vida*. Santiago, 2000.
- Pérez, José Ignacio. “Los primeros censos chilenos de población (1854-1920). Análisis crítico de las fuentes de datos censales y sugerencias de uso”. *Boletín de la Academia chilena de la Historia* 119 (2010): 55-95.

- Peroni, José. *De sirviente a gran señora. Drama en prosa, en tres actos dividida en trece cuadros*. Valparaíso: Imprenta Nacional, 1895.
- Prunés, Luis. *La prostitución. Evolución de su concepto hasta nuestros días. El neo-abolicionismo frente al nuevo Código Sanitario de Chile*. Santiago: Imprenta Universo, 1926.
- Sarti, Raffaella. “Dangerous liaisons: servants as ‘children’ taught by their masters and as ‘teachers’ of their master’s children (Italy and France, sixteenth to twenty-first centuries)”. *Paedagogica Historica*, 43:4 (2007): 565-587.
- Silva, Víctor Domingo. *Golondrina de invierno*. Santiago, 1912.
- Subercaseaux Browne, Julio. *Reminiscencias*. Santiago: Ed. Nascimento, 1976.
- Subercaseaux Errázuriz, Blanca. *Memorias*. Santiago: 1957 (manuscrito inédito).
- Yáñez Bianchi, Álvaro. *Mi vida. Diarios (1911-1917)*. Santiago: LOM y DIBAM, 2007.
- Yáñez Bianchi, Flora. *Visiones de infancia*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1960 (1.º ed.: 1947).